

Economía y democracia: dos caras de una sola moneda en la fase actual

Juan Arancibia Córdova*

Se nos ha sugerido que realicemos una reflexión sobre la relación entre democracia y economía en el momento histórico que actualmente vive México.

Para que la reflexión tenga alguna posibilidad de ser una respuesta real a la interrogante sugerida se requiere precisar, aunque sea genéricamente, el contenido de los términos.

No se trata de cualquier economía, sino de una economía de mercado libre, que se pretende sea de competencia. No se trata de cualquier democracia, sino de una de carácter representativo-liberal.

México se encontraría viviendo un proceso de transición hacia dicha economía de mercado libre y envuelto en una fase de redemocratización formal y real de su sistema político y de su Estado.

La primera cuestión que quisiera afirmar es que la reflexión acerca de la relación entre democracia y economía estaría trunca, si no se considera el carácter y el rol del Estado en la sociedad en análisis. Una segunda constatación, que puede parecer obvia, pero que no lo es, dada la presencia de corrientes de análisis que lo olvidan, es que una sociedad de economía de mercado, es una sociedad capitalista y por ende, la riqueza asume la forma de capital y la fuerza de trabajo es una mercancía.

Dos cuestiones más, igualmente obvias que las anteriores, deben ser señaladas con mucha claridad. La sociedad capitalista y (por supuesto la mexicana) sigue siendo una sociedad de la escasez, pero solamente orientada a satisfacer la demanda efectiva o solvente. La sociedad capitalista supone la presencia de la propiedad privada de la riqueza como capital; los individuos entran al proce-

* Investigador del Área de Economía Mundial y América Latina del IIEc. y docente del posgrado de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

so productivo con una desigual distribución de la riqueza y salen de él con una desigual distribución del ingreso.

El nivel de riqueza nacional y el intenso desarrollo científico-técnico alcanzado por algunos polos de la economía capitalista como Estados Unidos, Japón, Alemania, podrían hacer pensar que la afirmación acerca de que se trata de una sociedad de la escasez no es cierta; esto no es así en realidad, lo que esos ejemplos muestran, es que la sociedad de la escasez podría ser superable a futuro por el lado del desarrollo de las fuerzas productivas, pero que las relaciones de producción de propiedad privada y capital, empiezan a ser un límite a ese salto histórico (que podría ser una de las formas que asumiría el tan pregonado "fin de la Historia").

La afirmación de que se trata de una sociedad de la escasez no es trivial, pues le da sentido a la existencia de la propiedad privada (aunque no obliga a ella mecánicamente), de otra forma, una sociedad de la abundancia haría inútil y absurda la propiedad privada.

La construcción de la economía de mercado y la instalación de éste como organizador de la vida económica, genera la posibilidad de pensar la separación entre la economía y la política, así lo creyeron los liberales fundadores, los padres de la libre competencia, de ello dedujeron el carácter subsidiario del Estado y la necesidad de que éste se abstuviese de intervenir, para no dañar la presencia y eficiencia del mecanismo de dirección natural y óptimo que el mercado representaría.

A través de un largo periodo histórico de lucha contra los poderes feudales y absolutistas primero, y de luchas sociales intensas luego, se fue estableciendo la sociedad capitalista y perfeccionando sus propuestas de igualdad y libertad.

Pero una sociedad capitalista de libre mercado sólo puede establecer una igualdad formal, tanto en lo económico como en lo político. Los individuos son formalmente iguales y libres en el mercado y lo mismo ocurre en el plano de la política, de la democracia moderna (un ciudadano un voto y todos eligen y pueden ser elegidos). La perspectiva del liberalismo inicial, acerca de la separación entre la economía y la política fue desmentida por la historia, especialmente la del siglo xx. La presencia de la política, el Estado y la forma democrática de hacer aquélla y generar el

poder, supongan necesariamente la presencia de la esfera de lo público y su inevitable relación, con lo privado y el mercado.

En efecto, mientras el mercado y la igualdad formal del consumidor (compradores y vendedores) pretendían negar a la política, a lo público y al Estado, la propiedad privada y la desigualdad social lo hacían reaparecer y fortalecerse en el proceso histórico. Por si hubiere alguna duda al respecto, es importante señalar que el mercado libre y la igualdad formal que él supone, no generó mecánicamente la igualdad en el mercado político, como para generar una democracia representativa lo suficientemente universal, en la expansión de los derechos políticos.

El espacio de lo público que arrancó desde lo político y fue el espacio de ampliación de éste y se retroalimentó a su vez de ese proceso, fue construyéndose en otras dimensiones por la lucha social, incorporando cada vez más amplios contenidos y tareas sociales; finalmente remató en la incorporación de lo económico, en el nacimiento y desarrollo del Estado regulador, promotor y sujeto social y actor del crecimiento económico. Se pasó de un Estado de derecho a otro de derechos, de un Estado liberal a un Estado democrático.

La lucha social avanzó en la dirección de darle un contenido real a la igualdad formal del consumidor y del elector. Un abanico de organizaciones sociales y políticas fueron los vehículos del proceso, en tanto que las formas empleadas fueron pacíficas y/o violentas.

La ampliación de lo público, amplió la política y por supuesto supuso el desarrollo del Estado en tamaño, aparatos y funciones. El proceso de ampliación de lo público y del Estado tuvo su máxima expresión y eventualmente su mayor frustración, en el llamado Socialismo Real, que fue pensado como la realización de la utopía de la igualdad, como el cierre definitivo de la brecha entre la igualdad formal y la real, brecha que no es otra cosa que la propia desigualdad real.

La crisis del Socialismo Real y del Estado Benefactor, viene a ser la crisis de la utopía moderna de la igualdad, ambas crisis son parte de un proceso único, Peter F. Drucker, ha llamado a esto, el fin de una religión secular, el fin de "la fe en la salvación por la sociedad".¹

¹ Peter F. Drucker. *La Sociedad Poscapitalista*, España, Editorial Apóstrofe, 1993, p. 16.

Al final de este largo recorrido histórico, la oferta aparente de hoy es el regreso a la separación entre la economía y la política, el regreso al mercado como el articulador social privilegiado y la desaparición del Estado de la escena social.

En realidad la propuesta neoliberal y posmoderna es mucho más que eso, como analizaremos más detenidamente, se nos oferta el fin de lo público y de las responsabilidades colectivas y su reemplazo por lo privado y la responsabilidad individual. Se nos plantea el fin de la política y su reemplazo por la aplicación de la ciencia y la tecnología al conjunto del ámbito social (por supuesto el reemplazo de los políticos por los Trabajadores del Saber, la moderna tecnocracia), implícitamente se nos oferta el fin del Estado y su reemplazo por una eficiente administración. Todo esto y más está detrás de las ideas sobre el fin de la historia y el fin de las ideologías; estaríamos claramente en la situación del "one best way", hay un sólo camino mejor posible y él es factible de ser operado y encontrado gracias a la ciencia y la técnica.

Esta oferta y la visión de la historia y del futuro que encierra, están fortalecidas por y apoyadas en la tercera revolución tecnológica y en el derrumbe de las alternativas (véase fin del socialismo real y del Estado Benefactor).

En la visión de Francis Fukuyama,² el capitalismo ha derrotado a todos sus enemigos y equivaldría a algo así como "el camino, la verdad y la vida" (del cristianismo católico).

Una intensa discusión, aunque a veces discreta y vergonzante, ha recorrido los círculos militares, políticos y académicos de América Latina. Como es sabido, de manera general, la economía latinoamericana refleja la presencia de una crisis estructural irreversible por medio de la crisis de la deuda de 1982, aunque manifestaciones de esa crisis y propuestas y políticas para solucionarlas se implementaron desde mucho antes.

El tema central de la discusión ha sido el relativo a la relación que guardan el crecimiento económico y la democracia; esta discusión se inició en los ochenta, y continúa en los noventa y no debe ser confundida con lo ocurrido en los setenta cuando en varios países

² Francis Fukuyama. *El Fin de la Historia y el Último Hombre*, España, Editorial Planeta, 1992.

se entronizaron feroces dictaduras destinadas a acabar con las demandas populares de transformaciones sociales radicales; fueron dictaduras instaladas para preservar el sistema económico social. Los años ochenta han visto la emergencia de gobiernos democrático-autoritarios, vinculados a la estabilización y el ajuste estructural de los economías y la reforma de los Estados y los sistemas políticos. Es en el contexto de las transformaciones y las políticas para superar la crisis estructural, que esta discusión surge y todavía está presente. Dicha discusión se alimenta de fuentes y experiencias diversas.

En los documentos de Santa Fe I y II, ya se había señalado que la democracia "irrestringida" aparecía como incompatible con economías que generaban poco excedente; la idea que subyace es que la democracia conlleva condiciones redistributivas en favor de las mayorías y que ello no sería compatible con el subdesarrollo y las necesidades de la acumulación.

Samuel Huntington señaló a su vez que "lo que los marxistas atribuyen equivocadamente a la economía capitalista es en realidad una consecuencia del proceso político democrático",³ y lo que según él los marxistas atribuían equivocadamente al capitalismo era que la democracia representativa y éste mantienen una relación tensa, de precaria estabilidad; en el fondo se encuentra presente y operando una contradicción irresoluble entre el capital y el trabajo, que sólo el Estado del Bienestar modera adecuadamente.

Para uno de los padres del neoliberalismo, Milton Friedman, "La clase de organización que produce libertad económica directamente, es decir, el capitalismo competitivo, produce también libertad política, porque separa el poder económico del político, y de esta forma permite que el uno contrarreste al otro".⁴ Friedman hace depender la libertad política de la económica y estaría de acuerdo en apoyar a una dictadura que genera libertad económica (como lo hizo con Pinochet), porque estaría creando las bases sólidas de la libertad política.

Retomando la experiencia histórica, se sostiene (sin total justificación) que la generación de una economía de libre mercado empuja a la libertad política y que en un cierto nivel de desarrollo, la

³ Citado por Offe, Claus. *Partidos Políticos y Movimientos Sociales*, España, Editorial Sistema, 1992, p. 29.

⁴ Friedman, Milton. *Capitalismo y Libertad*, Madrid, Ediciones Rialp, S.A., 1966.

libertad económica y el autoritarismo se hacen incompatibles. Lo anterior sería lo que ocurriría en el sudeste asiático (Corea del Sur) y Japón.

En esta visión mecanicista y optimista China tendría en definitiva que avanzar inexorablemente hacia la democracia occidental, pues está mercantilizando aceleradamente su economía.

Pero el ejemplo asiático no sólo ejemplificaría el tránsito "irresistible" hacia la democracia, sino también la necesidad de que la etapa de despegue se haga bajo regímenes autoritarios, que restrinjan la libertades políticas y sindicales. Por lo tanto, que en la fase que actualmente viven América Latina y México, la democracia sería buena, siempre y cuando no entorpeciese el proceso de refundación global en que estas sociedades se han embarcado.

Los latinoamericanos vivimos una situación paradójica, los años ochenta y noventa son de redemocratización y de ampliación de la democracia política. El mapa político de América Latina nunca antes habría tenido un tan amplio color democrático y al mismo tiempo, la democracia nunca antes habría estado tan vaciada de contenido, tan centrada exclusivamente en las formas. Por otra parte, nunca habría sido tan obvio que la democracia sólo es aceptable en los parámetros del sistema de economía de mercado y en ningún caso para cambiarlo.

La cuestión podría expresarse como el establecimiento de una fase histórica marcada por la *inclusión-exclusión*. Inclusión política y exclusión económico-social de muchos, en un contexto real y espiritual de ausencia de alternativas.

Desde la crisis de 1982 la desigualdad económico-social no ha dejado de crecer y alrededor de 100 millones de latinoamericanos se han incorporado a las filas de la pobreza, mientras 17 latinoamericanos se incorporaban a las filas de los 150 hombres y mujeres más ricos del mundo.

La implantación de economías de libre mercado y su incorporación a la globalización han sido las vías de ampliación de la pobreza, su justificación la ideología neoliberal. La propuesta es la modernización de las economías y las sociedades latinoamericanas en el contexto de un mundo posmoderno (o que por lo menos avanza hacia la posmodernidad).

La acumulación y el crecimiento han reemplazado como objetivos a la equidad y el desarrollo, las ideas de eficiencia y produc-

tividad a las de justicia y redistribución. El papel redistributivo del Estado se ha cambiado por la teoría del *goteo o derrame*, según la cual el bienestar de las mayorías pasa por la opulencia previa de las minorías; en efecto, la vieja idea neoliberal es que no se puede ni se debe repartir la pobreza, hay que crear primero la riqueza y luego distribuirla, la secuencia operativa de la propuesta sería la siguiente: primero se concentra el ingreso en pocas manos (los del gran capital), este ingreso concentrado se transforma en ahorro, el ahorro estimulado por las altas tasas de ganancia se transforma en inversión (crece la demanda), la mayor riqueza creada derrama hacia los trabajadores; pero para ello es preciso que la mayor inversión amplíe los puestos de trabajo y haga subir los salarios reales.

En América Latina cuatro fenómenos se oponen por ahora, y no sabemos hasta cuando, a que la teoría del derrame sea efectiva:

- Las economías no están creciendo o lo hacen lentamente.
- Las tecnologías que se están introduciendo son ahorradoras de fuerza de trabajo para poder ser competitivas en la globalización.
- La mayor parte de los empleos creados lo son en medianas y pequeñas empresas y en la economía informal. Son empleos de baja productividad y de baja remuneración.
- El excedente de población trabajadora es muy grande como para ser absorbido; todavía hoy las economías ni siquiera crean empleo para los nuevos trabajadores que cada año se incorporan. Por lo tanto, la ampliación del empleo es insuficiente y los salarios reales sólo suben para los trabajadores calificados.
- Todo esto se refuerza por los procesos de ataque a los sindicatos y de flexibilización laboral formal y/o real en curso.

Por lo tanto, la realidad de hoy es que la teoría del derrame se parece más a las malas utopías, a las que nunca ocurren, que a una teoría capaz de dar cuenta de alguna realidad, y a futuro la situación es muy poco esperanzadora.

La construcción de economías de mercado libre, articuladas a la globalización, ha supuesto reformas estructurales fundamentales,

como: la privatización, la desregulación, la apertura de las economías, la jibarización del Estado y la flexibilidad laboral. En síntesis, mercado total y mercado global.

Si las reformas operan a profundidad tendríamos la escisión radical entre economía y política, la reducción al mínimo del espacio de lo público y la prevalencia casi total de lo privado, del mercado.

En dirección a cumplir con esa escisión es que se construye, por ejemplo, la autonomía de los bancos centrales (Chile, México) respecto de los gobiernos (de la política).

Los procesos de privatización del poder son reforzados por los de descentralización, que adicionalmente colaboran en la fracturación de las organizaciones sociales, debilitándolas, haciéndolas ineficientes frente al mercado, cada vez menos capaces de interferir con la ley de la oferta y la demanda.

De todas las reformas la más trascendente es sin duda la privatización. La privatización mercantiliza, despolitiza, desmoviliza, individualiza, monetariza, rompe los lazos de solidaridad. En definitiva, a partir de lo económico, conlleva la construcción de un nuevo orden cultural dominado por la ganancia, el individualismo, la sobrevivencia, el consumismo y un amplio espacio de incertidumbre. La sociedad vuelve a ser controlada por los mecanismos de selección natural, las consignas movilizadoras podrían ser "competir o morir" y "exportar o no ser".

En la situación particular de México, la crisis del modelo de acumulación de capital de Industrialización por Sustitución de Importaciones, que tenía al Estado como sujeto social esencial, se agotó definitivamente con la crisis de la deuda, porque ésta eliminó su fuente de financiamiento básica.

Pero la crisis del modelo económico y las políticas para superarla pusieron fin a la posibilidad de permanencia de la alianza de clases y política en que se sustentaba y puso en crisis al sistema político en su conjunto.

Actualmente se vive una transición hacia un nuevo sistema político y un nuevo pacto social, en el contexto de un acelerado cambio económico y estatal y un lento y administrado proceso de reestructuración del sistema político. Esta transición desfasada es crecientemente presionada por la oposición política y la presencia creciente de una gran diversidad de organizaciones sociales, que

pugnan por un mayor espacio de participación en la vida cotidiana de la nación. Más lento o más rápido, el proceso de reestructuración democrática y con él la generación de una democracia electoral parecen tendencias irreversibles.

La cuestión que me parece más central para discutir es ¿hasta dónde democracia y crecimiento económico son incompatibles?, de otra manera ¿es posible el desarrollo? Para avanzar hacia lo anterior sería conveniente responder a una tercera interrogante: ¿es posible un crecimiento vaciado de todo contenido democrático?, es decir, un crecimiento que no genera empleo y que no redistribuye el ingreso hacia los trabajadores.

Un crecimiento que no genera empleo y no redistribuye el ingreso acentuaría el carácter dual de la economía mexicana y la profunda desigualdad social que la ha caracterizado y que sólo la acción del Estado pudo amortiguar en el pasado.

Ese crecimiento ocurriría en el contexto de una intensa *desintegración nacional de carácter social y regional*. A mediano plazo un modelo desintegrador se inviabilizaría, ya que la competencia internacional no puede ser ganada por 50 grandes empresas exportadoras, sostenidas en el deterioro del resto de la sociedad. Para que el modelo sea sostenible a largo plazo requiere generar una sociedad competitiva y sustentarse sobre un mercado local ampliado.

Dos aparecen como los pilares del éxito en la competencia en una economía globalizada, la inversión en capital físico y el desarrollo de una fuerza de trabajo crecientemente calificada. La integración nacional productiva, social y política es condición especial del éxito y su permanencia.

Pero una sociedad dualizada no sólo se inviabiliza productivamente. La economía actual (fuertemente especulativa) opera crecientemente sobre expectativas y éstas no sólo son de orden económico, sino particularmente de carácter político. Una sociedad dual, con democracia política y exclusión económico-social sería altamente inestable.

Respecto de lo anterior es preciso tener presente que en el *Informe sobre Desarrollo Humano*, correspondiente a 1993 de las Naciones Unidas, México aparece en un grupo de 13 países considerados como de alto riesgo de inestabilidad social y política. La inestabilidad es el más recio antídoto en contra de la inversión y la ausencia de ésta, anula el crecimiento económico y genera crisis.

Japón y los llamados *tigres* del Sudeste asiático lograron su crecimiento en un marco de autoritarismo político, que en algu-

nos casos fue la expresión de francas dictaduras. Pero estas sociedades lograron su crecimiento partiendo de desigualdades sociales menores a las latinoamericanas y mexicanas y crearon empleos abundantes, con salarios iniciales relativamente bajos, pero con tendencia al alza en el mediano y largo plazos.

En un contexto de crecimiento como el descrito y con sociedades históricamente no ajenas al autoritarismo, la democracia puede aparecer como un requisito *a posteriori*.

En el caso del México actual sería preciso hacer cuatro observaciones:

- La cuestión de la democracia ahora o después no está a discusión, ya que el reclamo mayoritario de la sociedad es de democracia ahora y no parece que haya condiciones políticas para posponerlo.
- Para que el modelo de economía de mercado libre globalizada no profundice la dualidad social, como ya lo ha hecho desde 1983, se requiere la democracia política ahora, cuestión que es además condición de la propia viabilidad económica de mediano y largo plazo.
- Dadas las características estructurales de la sociedad mexicana (profunda desigualdad social, bajos salarios, alto subempleo e informalidad, escasa capacitación de la fuerza de trabajo y desintegración del sistema político) la democracia aparece como una condición inicial para el proceso de modernización y su presencia se transforma en un catalizador del nuevo pacto social y, porque no decirlo, en una fuerza productiva indispensable.
- Pero la desintegración y la desigualdad no pueden ser resueltas por el mercado, éste no puede ser el único articulador social en una sociedad con 50% de pobres. Es indispensable la presencia de un Estado que articule el esfuerzo social y le confiera un sentido y un esquema de proyecto a la aleatoriedad del mercado.

Representa una irresponsabilidad histórica la propuesta neoliberal de un Estado estrictamente subsidiario (que se maneja en algunos círculos académicos y del poder económico), al tiempo que es insensato pretender regresar al viejo Estado interventor. En las circunstancias actuales la única manera de poder lograr

el desarrollo es a partir de un Estado fuerte (lo cual no es sinónimo de autoritario) que fortalezca, corrija y reoriente al mercado en una perspectiva de proyecto de nación, cuyo éxito tiene a la integración nacional como requisito.

En definitiva, no hay crecimiento posible sin desarrollo. Es decir, la democracia no puede ser sólo del orden político electoral, es necesario que sea básicamente del orden participativo y requiere la construcción real de un contenido socio-económico o no lo será.

Pero en sociedades como las nuestras la democracia sin Estado fuerte es inconcebible; como tampoco es concebible el desarrollo en su ausencia. Hoy, economía y democracia son dos caras de la misma moneda.